

XXXII Domingo de Tiempo Ordinario

- **2 Mac 7, 1-2. 9-14.** El Rey del universo nos resucitará para una vida eterna.
- **Sal 16. R.** Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.
- **2 Tes 2, 16 - 3, 5.** Que el Señor os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas.
- **Lc 20, 27-38.** No es Dios de muertos, sino de vivos.

Este 2025, por caer este domingo el 9 de noviembre, se leen las lecturas de la Dedicación de la Basílica de Letrán:

- **Ez 47, 1-2. 8-9. 12.** Vi agua que manaba del templo, y habrá vida allí donde llegue el torrente.
- **Sal 45. R.** Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada.
- **1 Cor 3, 9c-11. 16-17.** Sois templo de Dios.
- **Jn 2, 13-22.** Hablaba del templo de su cuerpo.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Inmediatamente antes, Jesús ha dejado a los fariseos enmudecidos recordándoles que han de dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Ahora se presentan los saduceos, enemigos de los fariseos, para tenderle otra trampa a Jesús. Los saduceos representaban la casta sacerdotal privilegiada. Son los ricos de Israel, viviendo de los copiosos donativos de los peregrinos al templo de Jerusalén. Por eso, su visión de la Ley es de estilo materialista y, de ahí, que negaran la resurrección de los muertos. Para los saduceos, lo que cuenta en esta tierra es la imagen, el nombre, el poder y la fama; después, nada. Por eso, conviene acumular un gran patrimonio para dejar a sus hijos. Sobrevive quien más riquezas deja a sus descendientes.

Como los fariseos creían en la resurrección de los muertos, los saduceos quieren ridiculizar la enseñanza de Jesús que, en este punto, coincidía con los fariseos. Según la ley del levirato (levir = cuñado), el libro del Deuteronomio mandaba que el cuñado se casara con la mujer de su hermano, ya fallecido, con el fin de perpetuar el nombre y de no dividir la herencia familiar.

Jesús, como en otras ocasiones, quiere devolver a la ley del levirato el verdadero sentido de su institución: la transmisión a los hijos y nietos de la alianza y de la fidelidad. Él es el Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Y éstos supieron que sus descendencias eran fruto de la bendición del Señor.

La vida pertenece a Dios y Dios está al principio y en el medio de toda vida, que crea y sustenta a toda criatura, en especial a los seres humanos. No es un Dios de muertos sino de vivos, porque todos viven por él.

Jesús nos hace caer en la cuenta de que la vida futura del resucitado es una vida transfigurada. La resurrección no es una mera continuidad de esta vida.

Por eso, los que sean considerados dignos de la vida futura, cuando los muertos resuciten, no se casarán.

Para Jesús, no tiene sentido una religión de muertos. El Dios de Jesús es el Dios de la vida, aquí y allá. El Dios preocupado de la vida de sus hijos. El Dios que envía a su Hijo Jesús a la tierra, a la condición humana, para vencer todo aquello que destruye la vida verdadera.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- ¿Cómo enfrentamos la vida? ¿Con audacia, con debilidad, con entrega, con confianza?
- ¿Agradecemos al Señor cada día el don de la vida? ¿Nos damos cuenta que el seguir viviendo es una creación continua, fruto de un acto constante de amor del Padre?
- ¿En qué ponemos nuestro éxito y triunfo en la vida? ¿Cuáles son los valores, humanos y evangélicos, que nos sustentan para seguir viviendo con ganas?
- ¿Convertimos los sufrimientos y contradicciones en aceptación gozosa para ir resucitando cada día más hasta llegar a la plena resurrección?
- ¿Qué hacemos por la vida de los demás? ¿Por la dignidad de las personas, por la vida del que va a nacer, de los niños y ancianos abandonados... de tantos que tienen un malvivir?

3. ¿Qué le respondo al Señor?

- Señor Jesús, también a nosotros, como un día a tus discípulos, nos resulta difícil comprender el anuncio de pasión-muerte-resurrección. También nosotros, a veces, nos comportamos de modo parecido a los saduceos, porque buscamos nuestra afirmación en este estilo de vida, demasiado materialista, que nos hemos programado. Y, con frecuencia, sin referencia a la vida verdadera, a perder la vida por causa del Evangelio.
- Tú, que has venido a darnos a conocer al Dios de la vida, haznos testigos animosos de tu Pascua y llevar a cabo en nosotros la esperanza de estar contigo siempre en la gloria del Reino de Dios, nuestro Padre.